

«Para que las mediten». No se limita, pues, la instrucción religiosa que deben dar los padres á hacer que los hijos aprendan de memoria el Decálogo y el Símbolo; es necesario hacerles comprender uno y otro cuanto lo permita el alcance de la edad, ó mejor dicho, es preciso irselo enseñando gradualmente á medida que va desarrollándose su tierna inteligencia, de manera que queden grabadas indeleblemente así en su espíritu como en su corazón las santas verdades, objeto de la fe, y los venerandos preceptos de la ley divina. Para esto bien se ve que necesitan los padres no sólo de un caudal suficiente de doctrina, sino más aún, de un fondo de abnegación y de un espíritu de perseverancia, á la verdad, poco común. Pero sobre todo deberían estar provistos de una grande y profunda religiosidad. ¿Es posible infundir una virtud que no se posee? Pero ¿será posible suponer que un padre cristiano no sea profundamente religioso, ó que rehuse consagrarse enteramente á una labor de que depende en gran parte la felicidad temporal y eterna de su querida prole?

Excusado me parece repetir lo dicho en otra ocasión acerca del ejemplo en general. La autoridad del padre en cuestión religiosa depende principalmente de su sinceridad, reconocida por el niño, de que vea éste con sus propios ojos puesto en práctica lo que se le enseña. ¿Quiere el padre que sus hijos oren, que oigan misa, que practiquen la religión? Pues á practicarla él mismo, y no á escondidas sino á la vista de sus hijos y de todo el mundo, sin respetos humanos. ¡Miserable *qué dirán!* aquí serían más funestos que en ninguna otra parte tus efectos. Siempre causa de omisiones gravísimamente culpables, el respeto humano podría esterilizar completamente las más sanas enseñanzas de un padre de familia que no tiene, como suele decirse, el valor de sus convicciones.

7. Por otra parte, la comodidad ú ocasión favorable para inculcarles las máximas religiosas se la da á los padres

el roce continuo que deben tener con sus hijos. Porque debo suponer que no será sólo la madre la que tenga siempre á la vista á sus pequeñuelos, que en cuanto á los mayores bien veo que, ó están en la escuela y el colegio, ó se ocupan ya en alguna oficina ó taller para ayudar á los padres á sostener la familia y aprender ellos mismos á ganarse la vida honradamente. Supongo, digo, que no quedará la madre completamente abandonada del esposo que gusta más, al parecer, de los pasatiempos del club ó del casino, ó simplemente de la tertulia en casa del amigo, que de las delicias honestas del propio hogar. Debo también creer que el padre, cansado naturalmente de las fatigas del trabajo diario y poco menos que hastiado del tráfigo de los negocios que le alejan de la casa y le roban la mayor parte del tiempo, se complace en los ratos de que puede disponer, durante el día ó la noche, en verse rodeado de esa bellísima corona que forman los hijos alrededor de un padre cariñoso y bueno, y aprovecha esas horas preciosas de la vida de familia, no ya para hacerles clase formal de religión ni largas pláticas que los harían dormitar, sino para regar como con suave rocío de instrucción las tiernas plantas de sus hijos. Pero ¡ay! ¡que acaso me engaña mi deseo al hacer tan obvias y naturales suposiciones! ¿Están éstas de acuerdo con las costumbres del día? ¿Qué es lo que impone hoy á los hombres de algún viso ó posición social la llamada civilización, el progreso de la sociedad moderna? ¿no es la fundación de casinos, casas de recreo, salones y teatros? Y donde algo de esto existe — y existe en toda población de mediana importancia — ¿no es una exigencia, no es una necesidad social la asistencia diaria á estos centros llamados de cultura, y en realidad de desmoralización de la familia, y, por natural consecuencia, de la misma sociedad civil? ¿Cómo es posible conciliar la asistencia continua á los sitios de placer, sean éstos tan ino-

centes y decentes como se quiera, con la presencia en el hogar doméstico? El tiempo que debía destinarse á éste, ¿no es el mismo que se consume miserablemente en el club ó en el teatro? Y los hijos, apenas salidos de la adolescencia, ¿no tienen también sus sitios de pasatiempo, sus casas de diversión, lejos de la vista de sus padres? ¿Qué hace entre tanto la madre? ¿qué hacen los niños pequeñuelos? Si aquélla es sólidamente cristiana, no abandona sus deberes, permanece, tal vez en amarga soledad, hasta altas horas de la noche, guardando la casa, cuidando la familia que puede detener á su lado. Si por desgracia participa de las ideas modernas, busca también las distracciones á que cree tener derecho, ó, si esto no le es permitido, se aburre en su aislamiento, se desespera y reniega de su situación, se llama la mujer más desgraciada, y no se encuentra en las mejores condiciones para infundir en el corazón de sus chicuelos aquellos sentimientos de religión de que ella misma carece. Tal es el cuadro lastimoso que presentan á los ojos de cualquier observador innumerables hogares fundados sobre la base de las modernas instituciones y costumbres. ¿Qué lugar queda, pues, para aquellas familiares instrucciones que debiera dar á sus hijos el buen padre de familia? Ninguno ciertamente. Y sin embargo, la ley de Dios en este particular, como en todos, debe prevalecer sobre la ley de la moda y los caprichos de una civilización semi-pagana. Los padres verdaderamente cristianos no dejarán nunca de cumplir con tan sagrados deberes. Á ellos nos dirigimos al proponerles algunas de las preciosas industrias que para conseguir este objeto les sugiere la pluma del virtuoso y amable Fenelón.¹

8. Es preciso aprovecharse diestramente y con dulzura de las ocasiones que se presentan á la vista, es preciso

¹ Fenelón, Trat. de la educación de las niñas, cap. 7.

herir vivamente la imaginación de los niños, á la manera que lo hace la sagrada Escritura, revistiendo de imágenes sensibles las verdades más abstractas. Quizás este método no merezca la aprobación de ciertas escuelas y sistemas pedagógicos que pretenden hacer del niño un hombre, pero sin duda es el más conforme con la naturaleza y el más certero en sus resultados, á lo menos para la primera edad, que es el campo más feraz en que deben arrojarse las semillas de la educación religiosa por la mano de los padres. ¿Queréis infundirles la idea de Dios? Pues hacedles fijar los ojos en el cielo, en la brillante multitud de estrellas y luceros que lo pueblan, hacedles tender una mirada sobre la haz de la tierra, sus altos montes y sus profundos valles, hacedles admirar la riqueza y abundancia de plantas y animales que por todas partes nos rodean, y decidles: ¿No es el mundo más grande y más hermoso que un palacio? Ciertamente, ¿no es verdad? y el palacio ¿se ha fabricado á sí mismo? ¡qué locura! ¿Se habrá hecho, pues, el mundo por casualidad, ó lo habrán fabricado algunos hombres? No, hijos míos, Dios es quien lo ha creado de la nada. Así enseñaba á sus hijos la valerosa madre de los Macabeos¹. ¿Quiere dárseles una idea de la distinción de alma y cuerpo en el hombre? Un espectáculo diario á que los niños mismos no deben sustraerse, la muerte, la conducción de un cadáver al sepulcro, proporciona la ocasión más oportuna para conseguirlo. Hábleseles del principio ó causa de la vida de que ese cuerpo está ya privado. ¿Por qué no vive ese hombre, no habla, no siente, no se mueve? ¿qué le falta? el alma. Pues ¿dónde está esa alma separada de su cuerpo? ¿habrá perecido, se habrá vuelto nada? No, porque si el cuerpo que es de carne corruptible, aunque está separado del alma, no perece, ¿cómo ha de perecer el alma que es espíritu

¹ Mach. 7, 28.

que no se corrompe? Ella, pues, ha pasado á *la otra vida*. . . ¡La otra vida! pensará el niño. Y ¿qué importa que su inteligencia no alcance todavía la profundidad de estas verdades? Más adelante las entenderá de un modo más perfecto. Por ahora basta que se graben en su inteligencia y las guarde allí como un tesoro que le enriquecerá, aunque no sepa lo que vale. Otro ejemplo tomado de la doctrina revelada les podrá hacer comprender tal vez mejor la distinción de alma y cuerpo. Hábleseles de los angelitos del cielo, de esos graciosos niños con alas, que están jugando al pie del trono de nuestro Padre Dios, cantando y gozando siempre de su vista sin cansarse jamás. De esos ángeles puros y hermosos somos hermanos por el alma, mientras que por el cuerpo nos parecemos demasiado á las bestias. Así se les hará concebir también la idea cristiana de la superioridad del alma sobre el cuerpo. Para inspirarles desde luego amor á la virtud y aborrecimiento al vicio, dígaseles que la primera es la cosa más bella y que hace al niño más hermoso, mientras que el segundo es lo más feo y más horrible. De esta suerte mirarán con horror todo lo malo, la ira, la mentira, la venganza, y amarán lo bueno que la conciencia misma les dará á conocer, la obediencia, la piedad, el amor á los pobres, el cumplimiento del deber. ¡Cuántos otros ingeniosos recursos no sugeriré á los padres el amor ilustrado por la fe é inflamado por el celo de la salvación de sus hijos! Nimiedades parecerán á algunos los detalles que dejamos apuntados, y creerán que hemos descendido demasiado de la altura de conceptos que pide esta cátedra sagrada desde la cual dirigimos la palabra á un auditorio selecto y respetable. No lo creo así, carísimos hermanos, atendida la importancia imponderable de inocular el sentimiento religioso en el espíritu de los niños, como base y medio eficazísimo de cristiana educación.

III.

9. Ninguna edad más á propósito para adquirir principios religiosos que aquellos felices días de la niñez que se deslizan para el hombre entre juegos y caricias al lado de los autores de su existencia, para no volver jamás. Ningún terreno más adecuado para sembrar la buena simiente del conocimiento y del amor de Dios que aquella tierra virgen del corazón inmaculado del niño. ¡Qué lástima sería no aprovechar tan buenas condiciones para obtener abundante cosecha de virtudes! La impresión de las ideas religiosas no sólo debe acompañar sino preceder al desarrollo de la razón; es preciso aprovechar para el bien el poder maravilloso de las primeras impresiones. Buenas ó malas, útiles ó perniciosas, ellas nos acompañan hasta la edad más avanzada, bajan con nosotros al sepulcro. De ellas nace en gran parte el carácter del hombre, firme ó débil, correcto ó defectuoso. Por eso el santo y prudente Tobías enseñó á su hijo á temer á Dios y aborrecer el pecado *desde la infancia: Ab infantia timere Deum docuit*. . .¹ Y ¿por qué dejar esta instrucción para más tarde? ¿por qué perder un tiempo tan precioso? ¿No se aprende también el error desde la misma cuna? Hablando de los pecadores decía el profeta David: «Extraviáronse desde el nacer, erraron desde el seno de sus madres, hablaron falsedades.»² Y de ellos hace una pintura que estremece. «Conciben en el corazón la iniquidad, y sus manos ejecutan en la tierra toda suerte de injusticias. Se enfurecen á manera de serpientes, como el áspid venenoso, cierran los oídos á la voz de la sabiduría: objeto de la indignación divina, serán quebrantados, reducidos á la nada como el agua que corre, como la cera que derrite el fuego.»³ Ahí tenéis los resultados de una educación

¹ Tob. I, 9.² Ps. 57, 4.³ Ps. 57, per totum.

descuidada desde la primera edad. «Hombres vemos hoy», decía un orador sagrado¹, «y no en corto número, que desde la infancia han sido falsos en sus máximas, falsos en su regla de conducta, falsos en su modo de ver la religión: *Erraverunt ab utero.*» Y estos hijos del error no serán jamás buenos cristianos porque no saldrán jamás de la ignorancia en que se criaron. Y así pasarán también los errores de generación en generación con harto daño de la religión y de la sociedad.

10. No nos dejemos alucinar por aquella falsa y peligrosa doctrina de la filosofía incrédula del siglo XVIII, que, á pesar de haber caído para siempre en el descrédito, pudiera contar todavía con algunos ilusos partidarios. Según ella, la instrucción religiosa debe relegarse á una edad más adelantada, por lo menos á la juventud, á la época en que el hombre, saliendo de las manos de sus maestros, hace su entrada en el mundo, empieza á ser dueño de sus actos. Y ¿en qué argumentos pretende apoyarse esa doctrina seductora? El niño, se dice, se forjaría falsas ideas de Dios y de la religión, la niñez no es capaz de reflexión, y fuera de eso, la instrucción religiosa adquirida prematuramente vendría á ser inútil, ya porque se olvida fácilmente lo mal aprendido, ya porque no tiene la fuerza suficiente para preservar al hombre de la corrupción, como lo muestra la experiencia, y en fin, que el hombre debe formarse sus convicciones religiosas por sí mismo, por medio de su propio estudio, libre de preocupaciones de escuela y de familia difíciles de borrarse, etc. Todo esto, carísimos hermanos, se endereza, como es fácil reconocerlo á través de los velos del sofisma, á extirpar de raíz la religión en el hombre y en la sociedad, porque escrito está por el dedo de Dios que «el hombre, aunque encanecido en la vejez, no se apartará

¹ Apud *Montargón*, op. cit.

del camino que cogió en su adolescencia»¹. Niño que creció sin religión, no llegará sino por milagro, á ser hombre religioso. Pero veamos qué valor tienen ante el tribunal de la lógica y del sentido común los decantados argumentos. Supónese falsamente que las ideas imperfectas sí, pero verdaderas, adquiridas en la niñez, no pueden completarse y perfeccionarse más tarde en la mayor edad, ya sea con la enseñanza superior, ya con el estudio privado. Confúndense además las vanas preocupaciones con las sólidas verdades de la religión natural y revelada, aprendidas en el seno de la familia ó en la escuela, y que, cierto, por más que no produzcan todo el fruto de virtud que fuera de desear, no se borran fácilmente de la memoria, y son un germen de regeneración moral aun en la última vejez. En fin, se da por supuesto que es cosa hacedera formarse verdaderos principios religiosos en una época de la vida como la juventud, cuando las pasiones, no contenidas por el freno religioso, se desbordan con violencia irresistible, oscureciendo la razón que busca en la impiedad y en el escepticismo la justificación de sus locos extravíos. Ahí tenéis, carísimos hermanos, lo que valen los argumentos de la escuela impía y volteriana que combate la instrucción religiosa de los niños. ¡Ojalá que los padres verdaderamente católicos, persuadidos de la gravedad de sus obligaciones, sepan fundar sobre la base del principio religioso la educación moral y cristiana de sus hijos!

QUINTA CONFERENCIA.

La autoridad paterna, medio de educación.

1. Después del principio religioso, sentimiento profundo de la autoridad de Dios grabado en el corazón del niño por la mano del lugarteniente del Padre celestial, viene

¹ Prov. 22, 6.